

TIEMPO VARADO



66 HAIKUS

JUAN TORRES LÓPEZ

Tiempo varado es una colección de versos a manera de haikus, compuestos con plena libertad para que fluya el sentimiento de la forma más sencilla y espontánea. Cada uno de ellos es como un guiño, o quizá como un juego de manos que al mismo tiempo muestra y esconde trozos del alma y la vida del autor.



Juan Torres López es economista, ha dedicado toda su vida profesional a la actividad universitaria y es autor de numerosas obras de investigación académica y divulgación del análisis económico, además de algún cuento y de otros dos libros de poesía.

TIEMPO VARADO



66 HAIKUS

JUAN TORRES LÓPEZ

Tiempo varado
66 haikus
© Juan Torres López

Diseño y maquetación: signocomunicacion.es

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la autora y de su editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Vienen a continuación una serie de pequeños poemas a modo de haikus.

Digo a modo de haikus porque, en puridad, me temo que no pueden ser considerados como tales. Así es, si se entiende por haiku al tipo de poema original de ese nombre que ha de construirse con unas reglas que yo no he respetado en la mayoría de los que habitan en estas páginas. Por cierto, como me parece a mí que ocurre con la inmensa mayoría de sus creadores contemporáneos occidentales.

En el sentido más estricto, un haiku es un viejo poema japonés que empezó a escribirse en el siglo XIII con tres versos de cinco, siete y cinco sílabas y que debiera tener dos partes. Una primera ubica espacial o temporalmente al poema, y la segunda contiene una acción espontánea, simple y que impacta en quien lo lee como una especie de rayo inesperado. El purismo exigiría que el haiku contenga en esa primera parte un “kigo”, es decir, una referencia a la estación del año a la que se refiere el poema. De no llevarla, sería un muki y no un haiku. También habría de contener una escena cercana a lo cotidiano y una sensación, expresadas con estilo muy sencillo y directo, y todo ello compuesto con un corte gramatical o cesura. Si de ambas cosas carece, de kigo y de esta última cesura, y si además el poema habla de relación o convivencia entre personas, tampoco sería haiku en puridad, sino un senryū, su hermano rebelde, según se dice.

Me parece que fue Roland Barthes, en su libro *El imperio de los signos*, quien mejor, con más sencillez y luminosidad, ejemplificó lo que es un haiku: “El haiku reproduce el gesto indicativo del niño que muestra con el dedo alguna cosa, diciendo tan solo: ¡esto!, ¡mira allá!, ¡oh!, ¡ah!”.

Los poemas de esta pequeña obra quizá puedan llamarse generosamente haikus si se atiende a que están escritos siguiendo la simple regla de tener tres versos de cinco, siete y cinco sílabas (espero que bien contadas) y a que reflejan sentimientos o sensaciones sin demasiada complejidad, de la manera más simple posible y queriendo jugar siempre con cierto doble sentido, provocar la confusión y presentar con espontaneidad las heridas, sorpresas, risas, amores, quebrantos o lamentos que seguramente todas las personas -como el autor en este caso- llevamos dentro.

He tardado mucho tiempo en completar esta colección de haikus (¿se me permite, entonces, que los llame así?) porque no los he podido escribir cuando me lo he propuesto. Decía José Hierro que la poesía se escribe cuando ella quiere y, al menos a mí, eso es lo que me ocurre. Los haikus que siguen han salido por su propia cuenta y riesgo, a cualquier hora, y algunos en los momentos en que menos podía yo pensar que se me iba a ocurrir escribir un verso.

Aunque parezca ordenada, en la secuencia con que los presento en estas páginas no hay orden ni concierto. Y tampoco hay siempre tras ellos -o sí, esa es la gracia- personas, espacios o momentos reales. A mí me ocurre lo que decía Graham Green que le pasa a todas las personas reales: estamos repletos de seres imaginarios. Aunque, al mismo tiempo, debo decir que cada haiku está donde ha

querido estar y que yo lo he puesto donde ambos hemos convenido que es su sitio. Lo mismo que todos llevan consigo rostros, almas o situaciones reales, porque mis seres imaginarios también están repletos de personas reales. Aquí, cualquier verso puede ser, al mismo tiempo, lo que dice o parece, y lo contrario; tener detrás a alguien, o que ese alguien no sea nadie.

Es sabido que trasladar a versos los sentimientos es algo así como desnudarse en público. A mí eso me produce, por un lado, cierto pudor, pues imagino mirándome como un voyeur a quien, tras cada verso, tan sólo quiera ver lo que del mí real pueda haber. Aunque, por otro, me divierte imaginar las confusiones que ese afán por descubrir provocará, sin duda, en quien quiera ir más allá de lo que son siempre los versos, un sueño, una fantasía, la palabra que se dice y no se dijo o la que, dicha, cobra ahora otro sentido; un juego, la emoción y la magia que permite a cada cual ver en ellos lo que cada quien quiere ver. Según el sofista Gorgias, un engaño. Pero, cuidado. Un engaño, decía, en el que quien engaña es más honesto que quien no engaña, y quien se deja engañar más sabio que quien no se deja.

Casi todo lo que he hecho en mi vida (desde luego, lo más importante e incluso lo que más sacrificio, renuncias, dolor o coste me ha supuesto) lo he realizado siempre por amor, solamente por el gusto de hacerlo o por ambas cosas a la vez, es decir, sin tener más ambición que la de sentirme libre y feliz viviendo la experiencia que, en cada caso, conllevara mi elección. A mí, sin duda, me ha pasado lo que Jean Paul Sartre dijo (no me atrevería yo a decir si con acierto) que le ocurre a todos los seres humanos: he vivido condenado a ser libre.

Publicando modestamente estos versos modestos vuelvo de nuevo a perseguir simplemente ese placer de hacer algo sólo por el gusto de hacerlo. Si bien ahora, eso sí, desearía que semejante satisfacción fuese compartida y que, a quien los lea, le gusten estos haikus y los disfrute. Aunque simplemente sea por el mero hecho de leerlos, o quizá de leerme.

Juan Torres López.
Sevilla, octubre de 2023

Tú sin fin. Por fin
vuelan los haikus
Todo ha volado

Ya no arde más
Llegan las gotas secas
Lluvias de Otoño

No me incomodan
las sombras, ni el camino
Huelo a nardos

Calor. La noche
bulle, arde y fríe
Tu soplo alivia

Te espero tarde
escribiendo. La Luna
llena te trae

Roba el Mapocho
el Río de la Plata
y mil otoños

Viene el azahar
Huelo a ti, lo oigo
Pasó el invierno

Como una luna
ilumina mis letras
Bebo su sombra

Es madrugada
Remolinos de brazos
Tiempo varado

Sol de azucenas
Labios de beso largo
donde naufrago

Sin luz, a solas,
tiento en la penumbra
No te encuentro

Llega el invierno
Huyo torpe del frío
Busco tu lumbre

Versos en bucle
Espiral de caricias
Rizos al aire

La golondrina
en la boca espinas
Negro sudario

Sopla el aire
Corren nubes violetas
Se van, y vuelas

El tiempo cede
se apena el mar y suena
un aire torpe

Fiera sabana
Tras tu nuca el sabor
a sal me cubre

Tu boca rosa
Laberinto y río
Nido en celo

En fila india
tras de tu paz camino
Toco las nubes

De dos colores
tus cejas. Si las miro
¿cuál me embriaga?

En tus pupilas
leo tu airado adiós
Caligrafía

Se abre el sol
Antes de que te mire
llega la noche

Huele a mojado
De perfil, besos rotos
Nube de mayo

En su norte, azul
Ebrios rizos negros
Llora en el sur

El ayer pesa
Mi reloj lo abraza
sin dar la hora

A medianoche
el silencio atruena
Latidos rotos

Torpe olvido
Enredo de ayeres
Herido, sueño

Besos de cristal
Labios de savia rosa
Boca a boca

Vente conmigo
dice la noche al frío
Yo te abrigo

Nieva en verano
Con susto la veleta
me mira y llora

Versos y vino
No dejar de ver el mar
Tú en mis ojos

Voz a deshoras
Silencio a gritos
Mi mudo adiós

Niebla e ira
Turbia mirada torva
Oasis seco

Vas y vienes
a mi memoria rota
Agua y noria

Despierto lejos
Me arrojan desnudo
sólo tus besos

Líneas a dúo
letras de mano a mano
Un mismo guiño

Huye lejano
Perdido tu caminar
no te alcanzo

Parte de guerra
Suelo lleno de quejas
El triste ocaso

Tú en el frente
Yo te escribo versos
Amor a tientas

Ver los colores
desconocer su nombre
Sutil ceguera

Malva y plata
Le habla y lo besa
Luego lo mata

Una lágrima
Vibran tus ojos negros
Luz y escarcha

La noche calla
Oigo silencios ciegos
Tus confiancias

Cuenta infinita
Los besos perdidos
viven en bucle

Bajas y altas
Actas de paz y guerra
Idas y vueltas

Una hormiga
entre mis libros corre
Tendrá tarea

Ultima nieve
Caen lágrimas blancas
Fría escarcha

Rodeo tu voz
circunvalo la boca
Vuelta al mundo

Pinto recuerdos
Trazos difuminados
Por fin deshiela

Preso en tus olas
ya nunca escapa mi mar
Húmeda cárcel

Notas al azar
Melodías sin orden
Poema roto

Corre el agua
Cincelando tu curva
salta y sonríe

Cuentas sin saldo
Memoria que no muere
Daño perenne

En paz disfruto
el solo vivir del hoy
Mi calendario

Tras tu espalda
baja la Luna llena
Y tú me acunas

En tu vértice
vivo, sueño y despierto
Dulce posada

La nieve llora
Pierde su manto blanco
Tus ojos verdes

Mares de risas
Risas en tierra y aire
Tu mapamundi

A medianoche
vuelve rota la bruma
Tras tu pisada

Bajo el agua
(abajo un mar rosado)
me das la mano

Sobre mi boca
loca tu lengua escribe
Y viceversa

De madrugada
respiras como hablas
Tu voz de plata

Entre mis dedos
hojas de amapola
Tu boca roja

No hay mañana
Gozo el fluir presente
Suenan un violín

Nace el sol del mar
El frío de las olas
es su abrigo

Volcán en llamas
Labios de ardiente lava
Tormenta en calma

Edición impresa en:

<https://amzn.eu/d/c6Z113y>